



Total, que tú, el que llegarías a ser escritor, no conociste los libros de niño, casi ni siquiera físicamente, salvo *El calvario de una obrera* y quizá los libros de texto de tus hermanas mayores, si es que tenían libros de texto, y el libro del maestro que te enseñó a leer y a escribir, don Pedro Márquez, y que él mismo, supongo que para protegerlo de vuestras manos pecadoras, os colocaba abierto sobre el pupitre y donde vosotros ibais leyendo de uno en uno en voz alta, repitiendo cada frase hasta que quedaba bien dicha, bien entonada y perfectamente comprendida.

De modo que aquellos libros, los únicos que tú conocías —uno perteneciente al Padre, y el otro al Maestro—, eran para ti los más extraordinarios que podían existir. Así era todo entonces. Tú creías que vivías en el centro del mundo, como es de suponer que les ocurrirá a todos los niños de todos los lugares, y más en los tiempos en que no se viajaba ni había televisión. Las cosas entonces se escribían todas con mayúsculas: el Padre, el Abuelo, el Maestro, el Libro (...)

Luis Landero (1948)  
*El balcón en invierno*

